



TRIDUO AL
SAGRADO CORAZÓN
DE JESÚS

San Juan Eudes

UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD
EUDISTA

INTRODUCCIÓN

En la presente selección de textos de san Juan Eudes se quiere dar a conocer la importancia que el Corazón de Jesús tiene en su espiritualidad.

Al considerar el Corazón de Jesús como una hoguera que arde de amor por nosotros, se revela la necesidad de formar y hacer vivir y reinar en el corazón de todos los cristianos al Hijo de Dios que se encarnó, que vivió su infancia, su vida oculta, que padeció, murió y resucitó por amor a la humanidad.

En este folleto se ofrece una estructura para celebrar el triduo al Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta celebramos el 20 de octubre en la Congregación de Jesús y María.

En primer lugar, nos dispondremos de corazón a vivir el momento de oración, con el Ave Cor Sanctissimum, luego se leen las lecturas propuestas para cada día; finalmente se rezan las letanías al Corazón y la oración junto con nuestro compromiso de amar a Jesús en todo.

PRIMER DÍA

LA FIESTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Inicio:

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Ave cor Sanctissimum

Alégrate, Corazón santo

Alégrate, Corazón manso

Alégrate, Corazón humilde

Alégrate, Corazón puro

Alégrate, Corazón ferviente

Alégrate, Corazón sabio

Alégrate, Corazón paciente

Alégrate, Corazón obediente

Alégrate, Corazón solícito

Alégrate, Corazón fiel

Alégrate, Corazón fuente de toda felicidad

Alégrate, Corazón misericordioso

Alégrate, Corazón, lleno de amor, de Jesús y de María.

Te adoramos,

te alabamos,

te glorificamos,

te damos gracias.

Te amamos con todo nuestro corazón,

con toda nuestra alma,

con todas nuestras fuerzas.
Te ofrecemos nuestro corazón,
te lo entregarnos,
te lo consagramos,
te lo inmolamos.
Acéptalo y poséelo plenamente,
purifícalo,
ilumínalo
y santifícalo,
para que en él vivas y reines,
ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Primera lectura
INMENSO FAVOR QUE NUESTRO SEÑOR NOS
HIZO AL DARNOS ESTA FIESTA

Excelencia de la fiesta del Sagrado Corazón.

Adoremos y admiremos la bondad incomprensible de nuestro amabilísimo Salvador por habernos dado esta fiesta. Porque fue una gracia extraordinaria la que nos hizo. Para conocerla bien es preciso saber que todas las fiestas que en el transcurso del año celebra la Santa Iglesia, son fuente de gracia y de favores divinos.

Pero esta fiesta es un mar de gracias y de santidad porque es la fiesta del santísimo Corazón de Jesús, océano inmenso de incontables gracias. Esta es, en cierto modo, la fiesta de las fiestas, porque es la fiesta del amable

Corazón de Jesús, principio, como lo hemos visto, de todos los demás misterios contenidos en las demás fiestas que se celebran en la Iglesia, y fuente de todo lo grande, santo y venerable que hay en las demás fiestas.

Debemos, pues, dar gracias a ese bondadosísimo Salvador, e invitar a todos los santos y a todos los ángeles, a la santísima Virgen y a todas las criaturas, para que lo alaben, bendigan y glorifiquen con nosotros por ese favor inconcebible. También hemos de prepararnos para recibir las gracias que nos quiere comunicar en esta admirable solemnidad formando una firme resolución de no omitir nada de cuanto podamos hacer y de dedicar todo nuestro cuidado y todo nuestro afecto y todos los medios que estén a nuestro alcance para celebrarla digna y santamente durante los días de su Octava.

Homenajes que debemos al Sagrado Corazón.

¿Para qué nos ha dado el Rey de los corazones esta fiesta de su admirable Corazón? Para que cumplamos los deberes que para con ese corazón tenemos.

¿Cuáles son estos deberes? Son cuatro principales:

El primero es adorarlo. Adorémosle pues con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, porque siendo el Corazón de un Dios, del Unigénito de Dios, del Hombre-Dios, es infinitamente digno de adoración. Adorémosle en nombre y de parte de todas las

criaturas que deberían adorarle. Adorémosle y ofrezcámosle todas las adoraciones que le han sido dadas y le serán eternamente en la tierra y en el cielo.

¡Salvador mío! que el Universo se trueque en adoración a tu divino Corazón. ¡Con qué gusto consentiría yo, mediante tu gracia, en ser aniquilado ahora y para siempre, a fin de que el Corazón de mi Jesús fuera adorado sin cesar por todo el Universo!

El segundo deber es el de alabar, bendecir y glorificar a ese Corazón infinitamente generoso y darle gracias por el amor que ha tenido y eternamente tendrá a su Eterno Padre, a su santísima Madre, a todos los ángeles y a todos los santos, a todas las criaturas y a nosotros especialmente; también por todos los dones, favores y bendiciones que han tenido su origen en ese inmenso mar de gracias y se han difundido sobre todo lo creado y sobre nosotros en particular.

¡Esplendidísimo Corazón de Jesús, te ofrezco todas las alabanzas, la gloria y los agradecimientos que te han sido y te serán dados en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad! ¡Que los corazones todos te alaben y bendigan eternamente!

El tercer deber es el de pedir a Dios perdón por todos los dolores, tristezas, congojas y martirios cruelísimos que hubo de sufrir por nuestros pecados; y en desagra-

vio ofrecerle todo el gozo y la alegría que le han proporcionado su Eterno Padre, su santa Madre y todos los corazones que lo aman con ardor y fidelidad. Por amor a Él hay que aceptar también todas las amarguras, tristezas y aflicciones que en cualquier tiempo nos sobrevengan.

El cuarto deber es amar cordial y fervorosamente a este Corazón todo amor, y amarlo por todos los que no lo aman y ofrecerle todo el amor de los corazones que le pertenecen.

¡Corazón amabilísimo y todo amor! ¿Cuándo te amaré como es debido? ¡Incontables motivos tengo que me obligan a amarte y no puedo decir qué ya empecé a amarte cuanto debo!

Por favor, haz que yo empiece ya a amarte, Quitá de mi corazón todo lo que te desagradá y establece en él perfectamente el reino de tu santo amor.

¡Jesús, Dios de mi corazón, mi herencia para siempre!

Segunda lectura **EL CORAZÓN DE JESÚS**

¡Qué excesivos y admirables son, Dios, tu bondad y tu amor por nosotros! Eres infinitamente digno de ser amado, alabado y glorificado. Pero como no tenemos

corazón ni espíritu digno y capaz de llenar estas obligaciones, tu sabiduría ha inventado y tu inmensa bondad nos ha dado un medio admirable para cumplirlas plena y perfectamente.

Porque nos has dado el Espíritu y el Corazón de tu Hijo, que es tu propio Espíritu y Corazón, para que sea también el nuestro, según la promesa que nos hiciste por boca del Profeta: *Les daré un corazón nuevo y les infundiré un Espíritu nuevo* (Ez 36, 26). Y para que supiéramos cuáles eran ese espíritu y ese corazón nuevos que nos prometías, agregaste: *Pondré mi Espíritu, que es mi Corazón, en medio de ustedes*. Sólo el Espíritu y el Corazón de Dios son dignos y capaces de amar, bendecir y alabar a Dios como él lo merece.

Por eso, Señor mío, nos diste tu Corazón, que es el de tu Hijo Jesús, como también el de su divina madre y los corazones de todos tus ángeles y santos que reunidos forman un solo corazón.

Y tú, que lees estas cosas, comprende bien que este Corazón se te ha dado para que sirvas y honres a Dios, y cumplas su voluntad con un gran corazón y un gran amor (2M 1, 3), es decir, con un corazón y un amor dignos de su infinita grandeza.

Para ello renuncia a tu corazón, es decir, a tu espíritu personal, a tu voluntad y amor propios; y entrégate a

Jesús para entrar en la inmensidad de su gran Corazón, que encierra el Corazón de su santa madre y, de todos sus santos, y para sumergirte en ese abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad.

No te contentes con amar a Dios con tu pequeño corazón humano: eso es bien poco, por no decir nada. *Ámalo corde magno et animo volenti*, con todo el amor de tu gran Corazón. Cuando te pregunten si lo amas, contestarás: «Sí, quiero amarlo con todo mi gran Corazón y me entrego a él para este fin». Si amas a tu prójimo y quieres ejercitar con él una obra de caridad, ámalo y haz por él todo lo que debes con la caridad de tu gran Corazón. Si es necesario sufrir algo, hazlo en unión de su espíritu de humildad, de paciencia, de sumisión y de amor. Si vas a cumplir alguna promesa, donación o sacrificio a Dios, de ti mismo o de alguna cosa, que sea en el espíritu de amor y de celo de tu gran Corazón. Cuando digas estas palabras- *Doy gracias al Señor de todo corazón* (Sal 110, 1) tendrás la intención de referirte a tu gran Corazón. Finalmente, en todas tus acciones renuncia a ti mismo y entrégate a Jesús para realizarlas en el espíritu y disposiciones de tu gran Corazón.

(San Juan Eudes, «Sobre el Admirable Corazón de Jesús». 3, 2: Obras Completas VI, 261-265.)

Letanías del Sagrado Corazón (p. 21)

Oración final

¡Salvador mío Jesucristo!, que todo se convierta en un himno de alabanza inmortal a tu divino Corazón. Ya que me has dado tu mismo corazón para ser el principio de mi vida, haz, te ruego que sea también el principio único de todos mis sentimientos y afectos, de todas las funciones de las facultades de mi alma, de mi espíritu, y el corazón de mi corazón! Amén.

R./ Amén.

Para meditar:

¿Cuál será la mejor preparación para vivir la fiesta de Sagrado Corazón de Jesús?

¿Cuáles son los medios para amar más a Jesús?

¿Cuáles renunciaciones concretas me pide el Señor para adherirme al profundo amor que brota del Corazón de Jesús?

SEGUNDO DÍA EL AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS

Inicio:

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Ave cor Sanctissimum (P. 3)

Lectura

EL CORAZÓN DE JESÚS ES UNA HOGUERA DE AMOR QUE PURIFICA, TRANSFORMA Y DEIFICA LOS CORAZONES

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor a los hombres.

El amabilísimo Corazón de Jesús es una hoguera de amor ardentísimo hacia nosotros: hoguera de amor que purifica, de amor que ilumina, de amor que santifica, de amor que transforma y de amor que deifica. De amor que purifica, porque es un horno en el que los corazones de los santos se purificaron más que el oro en el crisol ardiente.

De amor que ilumina, porque disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra, para hacernos vislumbrar las luces esplendorosas del cielo: «*Nos llamó de las tinieblas a su luz esplendorosa*» (1 Pe. 2, 9). De amor que san-

tifica, que destruye el pecado en nuestras almas, para en ellas establecer el reinado de la gracia. De amor que transforma, que transforma las serpientes en palomas, los lobos en corderos, las fieras en ángeles, los hijos del demonio en hijos de Dios, los hijos de cólera y de maldición en hijos de gracia y de bendición. De amor que deifica, que hace de los hombres dioses: *«haciéndolos participar de la santidad de Dios, de su misericordia, de su paciencia, de su bondad, de su amor, de su caridad y de sus demás divinas perfecciones: Copartícipes de la naturaleza divinas»* (2 Pe. 1, 4).

¡Divino amor de mi Jesús!, me doy totalmente a Ti, purifícame, ilumíname, santifícame, transfórmame todo en Ti, a fin de que sea todo amor para con mi Dios.

La hoguera del Corazón de Jesús extiende su acción a todos los seres.

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor que derrama sus llamas y fulgores hacia todas partes y en todas direcciones, en el cielo, en la tierra y por todo el universo; fuegos y llamas que abrasan los corazones de los Serafines y que derretirían todos los corazones de la tierra si el hielo pavoroso del todo no lo impidiera.

Estos fuegos divinos transforman todos los corazones de los que aman en el cielo, en otros tantos hornos de amor hacia Aquél que es todo amor hacia ellos.

Todas las criaturas que existen en la tierra, aún las insensibles, las inanimadas y las irracionales, resienten los efectos de las bondades inefables de este Corazón magnánimo y magnífico, puesto que Él ama todo lo que existe y no aborrece nada de cuanto ha hecho y por lo mismo no odia sino el pecado que ciertamente no es obra suya.

Profesa, con todo, un amor especial y extraordinario a los hombres, tanto buenos como malos, amigos como enemigos. Precisamente por los malos, por los perversos, por los pecadores abraza una caridad tan ardiente que todos los torrentes y diluvios de las aguas de sus pecados sin cuento no pueden extinguir.

Efectivamente, prueba de ello es que no pasa un momento sin que deje de hacerles toda clase de favores y de beneficios, naturales y sobrenaturales, corporales y espirituales, aún en el punto y hora en que éstos no piensan sino en ofenderle y ultrajarle con nuevos y más graves pecados.

Estas divinas llamas del bondadosísimo Corazón de Jesús alcanzan aún las tenebrosas profundidades del infierno, derramándose sobre los mismos demonios y los réprobos, al conservarles su ser, la vida y las perfecciones naturales con que los adornó en el momento de su creación, absteniéndose de castigarlos según la grave-

dad de las ofensas que le irrogaron con sus pecados por los que ciertamente la divina Justicia bien pudiera castigarlos con un rigor mayor del que con ellos emplea: «Y no hay quién pueda escapar al influjo de sus ardores» (Sal. 18, 7).

¡Fuegos y llamas sagradas del Corazón adorable de mi Salvador!, derrama sobre mí y sobre mi corazón y sobre los corazones de todos mis hermanos, transformándolos en otras tantas hogueras de amor a mi amabilísimo Jesús!

Ardor admirable del amor del Corazón de Jesús.

Imagina que toda la caridad, que todos los afectos, que todas las ternuras y delicadezas que han sido, son y serán y que pudieran existir en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios pudiera formar, llegaran a fundirse en un solo corazón suficientemente grande como para poderlos contener, ¿todo ello no sería capaz de constituir una hoguera inimaginable? Pues bien, has de saber que todos los fuegos y llamas de esta hoguera no alcanzarían a ser sino una chispita insignificante del amor inmenso que devora al amabilísimo Corazón de Jesús hacia nosotros.

¡Hoguera incomparable! ¿Quién me diera la gracia de sumergirme en este horno ardiente e inextinguible? ¡Madre de Jesús! ¡Ángeles, santos y santas de Jesús!,

me entrego a todos ustedes y a cada uno de ustedes en particular; les entrego también a todos mis hermanos y a todas mis hermanas, y a todos los habitantes de toda la tierra, a fin que nos arrojen en lo más ardiente y hondo de esta hoguera celestial! ¡Auxilio divino! ¡Horno inmenso y anhelado! Es una pajita insignificante que te pide muy humildemente y con muchísima urgencia el favor de ser sumergida, abismada, consumida, devorada y aniquilada por los ardores de tu todopoderosa acción devoradora!

¡Fuego que siempre ardes sin nunca extinguirte; amor que siempre hierves y nunca te enfrías, enciéndeme enteramente para que enteramente te ame!

Letanías del Sagrado Corazón (p.21)

Oración final

¡Corazón admirable de Jesús!, te ofrecemos nuestros corazones: imprime en ellos, si tal es tu voluntad, alguna participación de esta divina semejanza, a fin de que se cumpla en nosotros esta orden del divino Maestro: «*Sean perfectos, como lo es su Padre Celestial*» (Mt. 5, 48).
Amén.

R./ Amén.

Para meditar:

¿Qué pasos voy a dar para dejarme encender por la hoguera de amor del Corazón de Jesús?

¿De qué manera experimento en mi vida espiritual la presencia amorosa de la hoguera de amor del Corazón de Jesús?

¿Cómo respondo a la acción de Jesús que quiere divinizar y purificar mi corazón?

TERCER DÍA EL AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS

Inicio:

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Ave cor Sanctissimum (P. 3)

Lectura

CON AMOR INMENSO Y ETERNO NOS AMA EL CORAZÓN DE JESÚS

Con un amor eterno nos ama el Corazón de Jesús.

El divino Corazón de Jesús está lleno de amor eterno hacia nosotros. Para comprender bien esto, hay que saber que hay dos elementos constitutivos de la eterni-

dad. En primer término, no tiene principio ni tendrá fin y en segundo lugar, comprende todo tiempo pasado, presente y futuro, y esto en forma estable y permanente, juntando todos estos tiempos en un solo espacio y punto indivisible e inmóvil.

Y precisamente en esto radica su diferencia con el tiempo, que corre sin descanso, de suerte que el momento que llega empuja al que le precedió y así sucesivamente, sin que jamás puedan dos instantes fundirse por decirlo así en uno solo. Por el contrario, en la eternidad todo es permanente, estable, inmóvil, inmutable.

He aquí por qué el amor eterno del Corazón de Jesús comprende dos cosas. Una primera consiste en que este Corazón incomparable nos ha amado desde toda la eternidad, antes de que existiéramos, y de que hubiéramos podido conocerlo y amarlo; no obstante, y aun sabiendo que lo habríamos de ofender, ya que nuestros pecados los tenía presentes aún antes de cometidos, su ciencia infinita, nos amó con eterno amor: «Me amó con amor eterno».

La segunda es que, en cada instante nos ama con todo el amor con que nos ha amado y nos amará en todos los instantes que pudiéramos suponer en la eternidad. Y en ello estriba la gran diferencia que existe entre nuestro amor y el divino. En efecto, el amor nuestro es una acción pasajera, en cambio, el de Dios no es de la

misma naturaleza, ya que el amor que nos ha tenido, supongamos desde hace cien mil años, permanece aún en su Corazón acrecentado con el que nos profesará dentro de otros cien mil años, pues la eternidad hace que en Dios no haya ni pasado ni porvenir, sino que todo sea presente y actual. De tal suerte, Dios nos ama ahora con todo el amor que nos ha tenido desde toda su eternidad y con el que por toda la eternidad nos ha de seguir amando.

¡Eternidad! ¡Eternidad de amor! ¡Amor eterno! Si yo hubiera existido desde toda la eternidad, desde entonces hubiera debido amarte; no sé, empero, si aún ahora he principiado a amarte en debida forma. Al menos que comience a hacerlo desde ahora, ¡Salvador mío!, y que principie a hacerlo como Tú me lo pides. ¡Dios de mi corazón!, me doy a Ti para unirme al amor que me profesas desde toda la eternidad, a fin de amarte con el mismo amor. Me entrego igualmente a Ti para unirme al amor con que tu Padre te ama, y al amor con el cual Tú a Él lo amas antes de principio del tiempo, a fin de amar al Padre y al Hijo con un amor eterno, como lo mereces.

El Corazón de Jesús nos ama con un amor inmenso.

El amable Corazón de nuestro Jesús nos ama inmensamente, pues el amor divino e increado que tiene, no siendo otra cosa que Dios mismo, y Dios siendo in-

menso, tal amor ha de ser por lo mismo inmenso a su vez. Dios está en todas partes, en todo lugar y en toda cosa y su amor, por consiguiente, participa de los mismos caracteres; de suerte que, el Corazón de Jesús no nos ama sólo en el cielo o en cualquier otro lugar, sino que nos ama en el cielo y en la tierra, en el sol, en las estrellas y en todo lo creado. Nos ama en todos los corazones de todos los habitantes del cielo y en los de cuantos sientan por nosotros algo de caridad sobre la tierra; porque toda caridad que hay en los corazones del cielo y de la tierra no es sino una participación del amor del Corazón de Jesús hacia nosotros. Y voy más lejos, no temiendo afirmar que nos ama aún en el corazón de nuestros enemigos, a pesar del odio que por nosotros puedan experimentar; más aún, me atrevería a asegurar que nos ama en el infierno mismo con el corazón de los demonios y de los réprobos, no obstante la rabia que abriguen contra nosotros, pues este divino amor está donde quiera y llena, por lo mismo, como el mismo Dios, la tierra y los cielos y hasta los infiernos.

¡Amor inmenso!, me pierdo y me abismo en las llamas y ardores que llenan todo ser creado, para amar a mi Dios y a mi Salvador en todo lugar y en toda cosa. ¡Jesús!, te ofrezco todo el amor inmenso de tu Corazón adorable, y el del Corazón de tu Padre junto con el del Corazón de tu amantísima Madre y con el de todos los corazones que te aman en el cielo y en la tierra; y deseo ardientemente que todas las criaturas del univer-

so se conviertan en una sola hoguera gigantesca de amor hacia Ti.

Letanías del Sagrado Corazón (p.21)

Oración final

¡Santísima Trinidad, alabanzas infinitas te sean dadas eternamente por todos los milagros de amor que operas en el Corazón de mi Jesús! Te ofrezco el mío, con el de todos mis hermanos, suplicándote, muy rendidamente que tomes de ellos entera posesión y que aniquiles en los mismos cuanto te desagrade, para establecer en todos el reino de tu amor soberano. Amén.

R./ Amén.

Para meditar:

¿He sido consciente de que cada episodio de mi historia tiene una manifestación del amor de Jesús para mí?

¿Qué voy a hacer concretamente para amar más a Jesús?

¿Cómo puedo convertirme en un Evangelio viviente que transmita a los demás el amor ardentísimo que brota del Corazón de Jesús?

LETANÍAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, escucha nuestra oración.

Señor, ¡Escúchanos!

Dios Padre Celestial, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Santísima Trinidad, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Corazón divino de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón amante de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón manso de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón humilde de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón misericordioso de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón fiel de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, Corazón del Padre Eterno, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, origen del Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, plenitud de la divinidad, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, Santuario de la Trinidad, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, Trono de la Divina Voluntad, ten piedad de nosotros.

dad de nosotros.

Corazón de Jesús, Corazón de la Virgen Madre, ten
piedad de nosotros.

Corazón adorable de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón amable de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón admirable de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón incomparable de Jesús, ten piedad de noso-
tros.

Corazón de Jesús, hoguera de amor, ten piedad de no-
sotros.

Corazón de Jesús, milagro de amor, ten piedad de no-
sotros.

Corazón norma de paciencia de Jesús, ten piedad de
nosotros.

Corazón espejo de obediencia de Jesús, ten piedad de
nosotros.

Corazón de Jesús, modelo de virtud, ten piedad de no-
sotros.

Corazón de Jesús, Fuente de toda gracia, ten piedad de
nosotros.

Corazón de Jesús, traspasado por una lanza, ten piedad
de nosotros.

Corazón de Jesús, herido de amor, ten piedad de noso-
tros.

Corazón de Jesús, templo de santidad, ten piedad de
nosotros.

Corazón de Jesús, altar de caridad, ten piedad de noso-
tros.

Corazón de Jesús, sacerdote del amor, ten piedad de

nosotros.

Corazón de Jesús, víctima del amor, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, sacrificio eterno, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, incensario de oro, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, cáliz que embriaga, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, néctar que deifica, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, consuelo de los afligidos, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, refugio de los pecadores, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, celoso por las almas, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, ladrón de corazones, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, queridísima herencia nuestra, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, nuestra dulce esperanza, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, alegría de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, gozo de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, tesoro de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, paraíso de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, vida de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, rey de nuestro corazón, ten piedad de nosotros.

Muéstrate propicio, perdónanos Jesús.

Muéstrate propicio, escúchanos Jesús.

De todo pecado, líbranos, Jesús.

De la soberbia de la vida, líbranos, Jesús.

Del amor desordenado, líbranos, Jesús.

De la ceguera del corazón, líbranos, Jesús.

Del rechazo a tus inspiraciones, líbranos, Jesús.

De la muerte eterna, líbranos, Jesús.

Por tu corazón amantísimo, escúchanos, Jesús.

Por tu gran odio al pecado, escúchanos, Jesús.

Por tu infinito amor al Padre, escúchanos, Jesús.

Por tu dulcísimo amor a tu Santísima Madre, escúchanos, Jesús.

Por tu ardiente caridad a tus devotos, escúchanos, Jesús.

Por tu amor a la cruz, escúchanos, Jesús.

Por tus inmensos dolores, escúchanos, Jesús.

Por tu exceso de amor y por tus grandes dolores sufridos en la muerte, escúchanos, Jesús.

Por tus gozos eternos, escúchanos, Jesús.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, perdónanos Jesús.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, escúchanos, Jesús.

Jesús, óyenos. Jesús, escúchanos.

Oremos:

¡Oh Dios, que por tu gran caridad nos haces miembros de tu Hijo único e hijos tuyos y que quisiste tener un solo corazón con nuestro Padre; te pedimos que encendidos en el fuego de tu amor y en la llama de caridad del Corazón amantísimo de Jesús, cumplamos en todo tu voluntad con el gran corazón y, deseando lo que es correcto, merezcamos cumplir estos deseos . Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

¡QUE MI CORAZÓN SE
CONVIERTA EN UNA
HOGUERA DE AMOR
POR TI!



Director:
P. Álvaro Duarte Torres CJM
Diseño y compilación:
Hermes Flórez Pérez